

## SOBRE LA LOCURA DE *QUERER SER* HÉROE Y CÓMO *JUGAR A SERLO*

Jesús Pons Dominguis. Universidad de Valencia

«Donde pongo la vida pongo el fuego/ de mi pasión volcada y sin salida./  
Donde tengo el amor, toco la herida./Donde dejo la fe, me pongo en juego./  
Pongo en juego mi vida, y pierdo, y luego/ vuelvo a empezar, sin vida,  
otra partida./ Perdida la de ayer, la de hoy perdida, / no me doy por  
vencido, y sigo, y juego/ lo que me queda: un resto de esperanza./  
Al siempre va./ Mantengo mi postura. Si sale nunca, la esperanza es muerte./  
Si sale amor, la primavera avanza./ Pero nunca o amor, mi fe segura: jamás o llanto,  
pero mi fe fuerte». (Ángel González)

**Resumen.** El objetivo de la comunicación es mostrar que el rasgo central de Don Quijote no se encuentra en la locura, sino en su *voluntad de aventura*, es decir, en su deseo de convertirse en un *héroe*. Lo que se pretende señalar es que dicho deseo conduce a Alonso Quijano a concebir la realidad como un juego, por tanto, *juega a ser un caballero andante* y, en este sentido, su «locura» es  *fingida* o, más bien, *figurada*.

**Abstract.** The objective of this paper is to show that Don Quixote's main feature is not madness, but his *will of adventure*, what means his wish of becoming a *hero*. The text tries to point out that this desire leads Alonso Quijano to the conception of the reality as a play. According to this, he plays being a *knight errant* and, in this sense, his "madness" is *pretended* or, expressing it even better, *figurative*.

### 1. Alonso Quijano quiere ser Don Quijote

Algunas de las interpretaciones que se han realizado del Quijote en el siglo XX han destacado la importancia de distinguir entre "Alonso Quijano" y "Don Quijote". Consideramos absolutamente pertinente realizar dicha distinción si realmente se quiere comprender la obra de Cervantes. El estudio más importante en los últimos cincuenta años en España sobre el Quijote y Cervantes en general es- a nuestro entender- el excelente libro del poeta Luis Rosales *Cervantes y la libertad*. Participamos plenamente de las ideas contenidas en él. El otro gran texto sobre el sentido de Don Quijote es el libro de Gonzalo Torrente Ballester titulado *El Quijote como juego*. Algunas de las ideas centrales que vamos a defender están tomadas de esta obra; sin embargo, es innegable que hay una mirada orteguiana a la hora de comentar los rasgos centrales del Quijote; no obstante, rechazamos algunos elementos importantes de la lectura que Ortega hace de la obra. Otra gran distinción o ambigüedad que hay que mantener es la que afecta al tema de la locura o no de Alonso Quijano. Desde esta perspectiva habría que diferenciar entre «quijjanismo» y «quijotismo»-como hace Luis Rosales- para no mezclar los diversos planos. Por otra parte, señalar que el binomio «cuerto- loco» es esencial y conviene no olvidarlo en ningún momento.

### *Sobre la «locura» de querer ser «héroe» y cómo jugar a serlo*

Es un *tópico* al hablar de Don Quijote considerar que está completamente loco sin plantearse la posibilidad de que dicha afirmación pueda cuestionarse o por lo menos matizarse. Es verdad que Cervantes desde el inicio mismo de la novela y a lo largo de toda la obra afirma innumerables veces que Don Quijote está loco y así es como lo perciben el resto de personajes y el lector mismo. Ahora bien, conviene recordar que Cervantes juega constantemente y se sirve de la ironía y de la comple-

alidad narrativa de la obra para inducir al lector en una determinada dirección. También es cierto la posibilidad contraria, es decir, que en multitud de ocasiones el lector y el resto de personajes se sorprenden ante las palabras acertadas de Don Quijote y su capacidad para razonar sobre cuestiones que no tienen que ver con las de la caballería. Sancho es el que mayor confusión adquiere al respecto- a pesar de que en varias ocasiones confiesa ser consciente de la locura de su amo y, dicho sea de paso, tales ocasiones son centrales para entender el sentido de la novela-. Pero no podemos detenernos en ello. Lo que nos interesa destacar es que no podemos desprendernos de uno de los rasgos centrales del Quijote: la ambigüedad<sup>1</sup>. En efecto, respecto a la locura o no de Don Quijote hay que ser precavidos y no decantarse definitivamente por ninguna de las dos opciones, pues en el texto hay tantas razones para afirmar lo uno como lo otro. Sin embargo, la tesis que vamos a defender consiste en afirmar que Don Quijote es plenamente consciente de lo que hace, esto es, que no confunde la realidad y que, por tanto, en cierta manera está  *fingiendo*  su locura. En otras palabras, que la actitud de Don Quijote frente a la realidad es la de  *juego* . Uno de los rasgos característicos de Don Quijote reside precisamente en su capacidad para transformar la realidad y adecuarla a los parámetros de la andante caballería. En este punto todos los intérpretes coincidirían; sin embargo, las diferencias comienzan cuando se intenta averiguar las razones por las que Don Quijote transforma la realidad para adaptarla a los libros de caballería. La opción más facilitada desde luego por el propio narrador- es la de considerar que Don Quijote se ha vuelto loco de tanto leer libros de caballerías y que, por tanto, todo lo que hace es ver «castillos» por «ventas», «gigantes» por «molinos» o «ejércitos» en lugar de «rebaños». En efecto, en principio nadie dudaría de que Don Quijote está loco pues lo que hace es confundir la apariencia de las cosas con la realidad, esto es, piensa que la realidad es lo que aparece en los libros de caballería y no lo que se le presenta a los sentidos (Recuérdese a este respecto el excelente análisis que realiza Foucault en  *Las palabras y las cosas*  sobre este tema). En otras palabras, parecería que Don Quijote como buen hombre del Barroco desconfía de los sentidos, de las apariencias y considera que hay una realidad detrás de dichas apariencias que permanece oculta. ¿Pero realmente es así? ¿Es cierto que Don Quijote no sabe que los molinos son efectivamente molinos y que la venta no es castillo? Es tentador afirmar lo contrario, esto es, seguir el juego creado por Cervantes y pensar que Don Quijote realmente está viendo «gigantes»; de hecho, esto nos permitiría explicar la enorme diferencia que hay entre la primera y la segunda parte. Como es sabido, en la segunda parte Don Quijote sufre un profundo cambio respecto de la primera y podría afirmarse que en ésta asistimos a la lucha constante de Don Quijote para conseguir convertirse en caballero andante, esto es, contemplamos la construcción de una identidad, el deseo de llegar a ser otro, de ahí la enorme  *voluntad de aventura*  que atraviesa toda la primera parte y la enorme confianza y fe que Don Quijote tiene en sí mismo y en su capacidad para instaurar la justicia en el mundo, enderezar entuertos y atender a los menesterosos. En el Quijote de 1605 proclama su famoso «Yo sé quien soy» y en ningún momento duda sobre la posibilidad de fracasar en su  *proyecto* . En la segunda parte, una vez que descubrimos que al llegar al palacio de los Duques se sintió por primera vez caballero andante, observamos perplejos la decadencia de Don Quijote, tomamos conciencia de que estamos ante la «crónica de una muerte anunciada»<sup>2</sup>. A partir de ahí ya no volverá a ser el de antes,

<sup>1</sup> Tal vez una de las manifestaciones más claras de la ambigüedad del Quijote o por lo menos del «juego» de Cervantes la encontramos en las siguientes palabras del «Prólogo»:

«...Pero yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de Don Quijote, no quiero...que perdones o disimules las faltas que este mi hijo vieres, que ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor de ella, como el rey de sus alcabalas...*todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligación, y, así, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor a que te calumnien por el mal ni te premien por el bien que dijeras de ella*» (Quijote I, Prólogo. Subrayados nuestros).

<sup>2</sup> A nuestro juicio resulta imposible entender el Quijote sin destacar la extraordinaria importancia que tiene la segunda parte. Schelling fue uno de los primeros en señalar que lo característico del Quijote de 1615 es que las aventuras del héroe son creadas por los demás. Esto lo menciona Américo Castro en su libro  *El pensamiento de Cervantes* . Por ello es imprescindible señalar con cierto detalle la enorme

pues una vez alcanzada la fama deseada y obtenido el «reconocimiento de los otros», comenzará a ver las cosas tal y como se le aparecen, es decir, que supuestamente ya no volverá a transformar la realidad- siguiendo la hipótesis usual que venimos comentando-. De hecho, conviene recordar que Sancho intentará hacerle creer que Dulcinea es una campesina pero descubrirá sorprendido que esta vez Don Quijote está viendo lo mismo que él, y por tanto, que no puede ser engañado. Pues bien, todo esto que acabamos de mencionar creemos que es una interpretación correcta y que, en efecto, es así como sucede, por tanto, sucumbimos a la tentación y seguimos el juego que Cervantes nos propone. Sin embargo, esto podría implicar cierto problema con la tesis que queríamos defender, a saber: que Don Quijote desde el principio es plenamente consciente de lo que hace, esto es, que está jugando a ser un *caballero andante* y como tal se comporta en todo momento. Para mostrar la verosimilitud de dicha hipótesis y comprobar que son compatibles analizaremos a continuación algunos pasajes del Quijote donde se muestra lo que pretendemos decir. El primer ejemplo lo podemos encontrar en el capítulo IV de la *Primera parte* en el que Don Quijote tiene la oportunidad de mostrar al mundo lo necesario que es el *ejercicio* de la andante caballería: «...No había andado mucho, cuando le pareció que a su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salían unas voces delicadas, como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oído, cuando dijo:- Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante donde yo pueda cumplir con lo que debo a mi profesión, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos. Estas voces, sin duda, son de algún menesteroso o menesterosa, que ha menester mi favor y ayuda...»<sup>3</sup>. En efecto, Don Quijote no se equivoca, se trata como es sabido de Andrés, un joven que está siendo golpeado por su amo. Lo que nos interesa destacar de este fragmento es que aquí, Don Quijote, cuando únicamente tiene indicios de lo que ocurre, interpreta correctamente la situación, esto es, en ningún momento nos dice el narrador que Don Quijote está loco y confunde la realidad, sino al contrario, en todo momento interpreta correctamente lo que ocurre y no se equivoca, actuando en consecuencia como lo hubiera hecho cualquier persona en la misma situación, con independencia de que el resultado final sea un fracaso. Lo que importa es que Don Quijote sabe perfectamente que se encuentra ante una situación injusta y, por tanto, está viendo la «realidad como es» sin confundir apariencia y realidad. No se establece ninguna distinción entre dos ámbitos de realidad al modo orteguiano, por un lado la «superficie» o «patencia» y por otro la profundidad o «latencia» de las cosas. Por tanto, puede afirmarse que Don Quijote no necesita en este caso transformar la realidad para adecuarla a su mundo caballe-

---

distancia que hay entre la primera y la segunda parte. Creemos que Luis Rosales es el que mejor ha sabido comprender esta diferencia.

Lo primero que conviene advertir es algo que suele pasar desapercibido, a saber: el cambio de título entre la primera y la segunda parte. En la primera parte, como es bien sabido, el título dice *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, mientras que la segunda se llama *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*. Esto ya ha sido notado por otros autores, no obstante las consecuencias extraídas son bien distintas, pues nosotros siguiendo a Rosales consideramos que tal cambio es plenamente consciente y fundamental para entender el sentido de la novela, otros autores como Clemencín, piensan que dicho cambio obedece a una negligencia de Cervantes al olvidar consultar el título de la primera parte. Resulta evidente que al inicio de la novela Don Quijote es un hidalgo que lucha y se esfuerza por ser caballero andante, mejor dicho, es Alonso Quijano el que se esfuerza por *llegar a ser Don Quijote de la Mancha*. Pero en la segunda parte la cosa cambia completamente, pues los demás conocen su historia porque la han leído, por tanto, consigue ser caballero andante, de ahí que el cambio de título muestre esa nueva realidad, en la medida en que «por vez primera» sintió don Quijote ser «caballero de verdad» y no «fantástico» como hasta ese momento. Esto es de una importancia decisiva como tendremos ocasión de comprobar. Por ahora nos conformamos con adelantar una de las tesis de Luis Rosales respecto al heroísmo de Don Quijote:

«Si don Quijote tiene que ser un verdadero héroe, no puede ser un loco. Si el quijotismo implica una actitud de validez universal no será privativo de don Quijote...Todas las modificaciones que introduce en la segunda parte tienen un doble fin: en primer término humanizar el heroísmo de don Quijote; en segundo término responder a la necesidad de universalizar el quijotismo...La conducta de don Quijote que en un principio sólo había obedecido a la moral del esfuerzo, ahora comienza a obedecer a la moral del sentido...» (Luis Rosales. *El drama del Barroco*. Ed. Trotta. Madrid. 1997, p. 550. Véase «Cervantes: cinco ensayos y un discurso» y por supuesto su gran libro *Cervantes y la libertad*).

<sup>3</sup> Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Ed. Alfaguara, 2004, pág. 48. Citado por Gonzalo Torrente Ballester, *El Quijote como juego*, Barcelona, Ed. Destino, 1984., pág. 104

resco. Luego la conclusión es obvia: Don Quijote no realiza ninguna transformación de la realidad cuando se encuentra en una situación que es idónea para su comportamiento como caballero. Sólo en aquellas ocasiones en la que la realidad no se ajusta a dicho comportamiento es cuando realiza la transformación correspondiente, apelando para ello en la mayoría de los casos al famoso recurso de la «magia» y los «encantadores». Precisamente será esta apelación al mundo de los *encantamientos* la que le permitirá seguir *jugando* a ser *caballero andante*. Esto ocurre claramente en el famoso pasaje de los «molinos de viento» y en la «Cueva de Montesinos»<sup>4</sup>. Por otra parte, el fragmento anterior es relevante porque muestra otra concepción de la realidad que nada tiene que ver con la distinción entre la «superficie» y la «profundidad»: nos referimos a la «aventura» como búsqueda de lo *imprevisto* y lo *impensado*, esto es, como aquello que nos permite acceder a lo «extraordinario» de la realidad. En efecto, el *deseo* de «aventura» aparece claramente reflejado en el fragmento anterior y será una constante en toda la primera parte. Recordemos que en la segunda parte se produce un cambio radical a este respecto. Pues bien, a pesar de considerar que a lo largo de la obra puede observarse que la distinción entre la «patencia» y la «latencia» de las cosas aparece constantemente, creemos que dicha distinción es mantenida por Cervantes como parte del juego con el lector, pues a la hora de la verdad, vemos que en Don Quijote tal concepción no se cumple, más bien es la otra concepción de la «realidad como aventura» o como *juego* la predominante. En este sentido, creemos que no hay problema alguno en mantener nuestra hipótesis y continuar aceptando el «juego» de Cervantes, es decir, que Don Quijote únicamente *necesita* mantener la distinción entre «apariencia» y «realidad» para poder jugar, por tanto, que ve la *realidad tal como es*. Es momento de continuar con ejemplos que muestren dicha afirmación. Precisamente en el segundo capítulo de la *Primera parte* ya se muestra claramente el juego de Cervantes con el lector para mantener la ambigüedad respecto a su personaje. Veamos lo que se dice en el texto: «Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo...al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre y, que mirando a todas partes por ver si descubría algún castillo o alguna majada de pastores donde recogerse y adonde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad, vio, no lejos del camino por donde iba, una venta, ...y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vio la venta se le presentó que era un castillo...»<sup>5</sup>. Es importante mostrar cómo el narrador «juega» con las palabras, en la medida en que nos introduce en primer lugar la palabra «castillo» para hacernos creer que en efecto, eso es lo que busca Don Quijote; sin embargo, una lectura atenta indica que guiado por el hambre y el cansancio lo que realmente busca es un lugar donde poder descansar y comer. Por eso el narrador dice poco después que «vio no lejos del camino donde se encontraba una venta». Pero lo fundamental es que después de haber visto que era una venta es cuando se «imaginó» o «representó» que era un castillo, eso sí, debido a que todo lo que veía y pensaba le parecía que ocurría como había leído en los libros de caballería. Lo que pretendemos indicar es que nuevamente vemos que no confunde la realidad, mejor dicho, que transforma la realidad no porque vea de forma inmediata un «castillo» en lugar de «venta», al contrario, ve la realidad tal como es pero *decide* por un acto de voluntad transformar la venta en *castillo* para poder seguir jugando a ser caballero andante. Prestemos atención al hecho de que tanto en este pasaje como en el anterior lo primero que se nos indica es la *voluntad* de Don Quijote de encontrar aventuras que le permitan poner a prueba su fuerte brazo y mostrar al mundo su valentía y le necesidad de que se resucite la andante caballería. Precisamente porque no encuen-

<sup>4</sup> Posiblemente el episodio de la *Cueva de Montesinos* sea uno de los pasajes centrales de la obra en los que se muestra, a nuestro juicio, la enorme presencia de componente filosóficos en el *Quijote*. El conflicto entre sueño y realidad- tan propio en el Barroco- aparece reflejado claramente en dicho pasaje junto con la duda respecto de los sentidos, recordando de alguna manera, la reflexión que años después realizará Descartes en sus *Meditaciones Metafísicas*.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 36

tra situaciones que se amolden al ideal caballeresco, Don Quijote no tiene más remedio que transformar en ocasiones la realidad en la que se encuentra. El narrador insiste en la desesperación de Don Quijote al no ocurrirle nada digno de mención, de ahí la «necesidad» de transformar la venta en «castillo». Conviene matizar que no pretendemos insinuar que Don Quijote esté completamente cuerdo y que no transforme la realidad en ningún momento. Al comienzo señalábamos que es esencial mantener la ambigüedad, esto es, no decantarse por ninguna alternativa respecto a su cordura o su locura, lo que no quiere decir que no pueda mostrar, en la medida de lo posible, otra manera de entender determinados pasajes que pueden hacernos pensar que no todo está tan claro como parece.

## **2. El héroe como modelo antropológico: el ser humano como «eterno insatisfecho»**

A continuación, es momento de detenernos en la visión de la «realidad como aventura» y su relación con el concepto de *deseo*. ¿Qué es lo que le lleva a Don Quijote a *desear ser otro*? Es común considerar que el deseo supone la ausencia de aquello que se desea, esto es, que el deseo implica una carencia, una falta, algo que no se posee y que por eso mismo se desea. Esta concepción del deseo está vinculada con la «satisfacción». Se piensa que una vez satisfecho el deseo desaparece. ¿Es esto cierto? ¿No ocurrirá más bien que el ser humano se caracteriza por ser el *eterno insatisfecho*? Dicho de otra manera, el hombre no puede evitar desear continuamente y el problema reside precisamente en esa *tendencia* a desear cada vez más. En efecto, a este respecto podemos recordar brevemente lo que nos dice Leopardi respecto al *deseo*, a saber: que el hombre no puede vivir sin deseos, esto es, que el ser humano es el «eterno insatisfecho», un ser que no puede vivir sin desear y cuya felicidad consiste precisamente en pasar constantemente de un deseo a otro<sup>6</sup>. Pues bien, la pregunta entonces es la siguiente: ¿qué es lo que hace que el *deseo* sea insaciable en el ser humano? La *insatisfacción*. Conviene señalar que esta es una de las posibles caracterizaciones que pueden realizarse del deseo y que puede aplicarse a Don Quijote. En efecto, precisamente por estar *insatisfecho con su vida*, «aburrido», podríamos decir, decide salir en busca de aventuras, es decir, convertirse en héroe y, por tanto, en querer ser otro. Pues bien, estos rasgos son los que Ortega considera en *Meditaciones del Quijote* como propios del héroe y en obras posteriores atribuirá dichos rasgos al ser humano en general. Queda así respondida la pregunta que dejábamos anteriormente abierta sobre el motivo por el cual Don Quijote quiere ser otro, aunque tal vez sería mejor afirmar que es Alonso Quijano el que tiene ese deseo. El *deseo* de convertirse en caballero andante le lleva a concebir la *realidad como juego* y a salir en busca de *aventuras* que le permitan poder realizar su juego. Su locura, por tanto, residiría más bien en *querer ser* algo que no es, dicho en otras palabras, en pretender que la mera *voluntad* es suficiente, que tan sólo con *querer algo* es suficiente para conseguirlo. Desde la perspectiva orteguiana, que tendremos oportunidad de analizar con mayor profundidad, Don Quijote es alguien que no tiene presente su contorno, es decir, que no sólo desatiende su propia circunstancia sino que además pretende trascenderla. Precisamente en ese intento de ir más allá de sus propios límites reside la contradicción del héroe (su *tragicismo*) y del ser humano, pues inevitablemente es la realidad la que termina por imponerse y

<sup>6</sup> «El sentimiento de nulidad de todas las cosas, la insuficiencia de todos los placeres para colmar nuestra alma, y nuestra tendencia a un infinito que no comprendemos, quizá obedezcan a una causa muy simple, y más material que espiritual. El alma humana...siempre desea esencialmente, y apunta únicamente, aunque de mil maneras diversas, al placer, es decir, a la felicidad, que bien mirada coincide con el placer. Este deseo y esta tendencia no tiene límites, porque es ingénita o congénita a la existencia, y por eso no puede cesar con este o aquel placer, que no puede ser infinito, de modo que sólo cesa cuando cesa la vida. Y no tiene límites...Ahora bien, ese carácter entraña materialmente la infinitud, porque todos los placeres son limitados, pero no el placer, cuya extensión es indeterminada...»Giacomo Leopardi. *Zibaldone de pensamientos*. La mención de esta obra en el contexto de una reflexión sobre el Quijote tiene como objeto mostrar uno de los caracteres fundamentales del héroe: la *insatisfacción* y la importancia del deseo no sólo en Don Quijote sino también de la «mentalidad romántica».

ofreciendo *resistencia*. Para Ortega la realidad es un conjunto de facilidades y dificultades con las que el hombre tiene que contar inevitablemente a la hora de realizar su «proyecto». Desde esta perspectiva la «circunstancia» es algo que me *circunda* y me *limita*, es aquello que me ofrece *resistencia* y que dificulta el hecho de que pueda *llegar a ser* aquello que *quiero ser*: «caballero andante»- en el caso de Don Quijote. Hemos visto que en cierta manera lo consigue a partir de la segunda parte, sin embargo esto no deja de ser una mera ilusión, pues *nosotros* sabemos la verdad: Don Quijote está siendo burlado por todos aquellos que le rodean, incluido su fiel amigo Sancho, al hacerle creer que Dulcinea está encantada. Ante la desesperación de Don Quijote por no poder ver a Dulcinea y completamente desengañado- recordemos que en la segunda parte se pregunta Don Quijote por el sentido de su vida- terminará por renegar de todo su pasado y morirá siendo nuevamente Alonso Quijano, *el Bueno*.

### **Referencias bibliográficas**

- Ortega y Gasset, José , *O.C. Vol. I y II*, Madrid. Ed, Taurus, 2005.  
Rosales, Luis, *Cervantes y la libertad*, Madrid, Ed. Trotta, 1997.  
Torrente Ballester, Gonzalo, *El Quijote como juego y otros ensayos*, Barcelona, Ed. Destino, 1984.

Jesús Pons Dominguis  
Universidad de Valencia  
jponsd@msn.com